

Busso, Ariel David

La santidad canonizable

Anuario Argentino de Derecho Canónico, Vol. XXII, 2016

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Busso, A. D. (2016). La santidad canonizable [en línea]. *Anuario Argentino de Derecho Canónico*, 22.

Disponible en:

<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/santidad-canonizable-busso-ariel-david.pdf> [Fecha de consulta:.....]

LA SANTIDAD CANONIZABLE*

ARIEL DAVID BUSO

SUMARIO: Introducción general. La universal vocación a la santidad. La naturaleza de la santidad cristiana. Criterios de santidad para el proceso de canonización. La heroicidad de las virtudes. Los místicos y su proceso de canonización. Conclusión.

RESUMEN: El proceso de santificación posee una legislación canónica específica. Hablar de una santidad canonizable persigue el objetivo de probar que siempre la santidad cristiana manifestará la vitalidad de la Iglesia, regalando ejemplos y testimonios atractivos para todos los fieles.

PALABRAS CLAVE: santidad; canonización; virtudes, místicos.

ABSTRACT: process of canonization has a specific canonical regulation. To speak about "canonizable holiness" aims to demonstrate that Christian saintliness will always express the vitality of the Church, living appealing models and witnesses for those who believe.

KEY WORDS: holiness, canonization, virtues, mystics

INTRODUCCIÓN GENERAL

Puede decirse en rigor que la Iglesia "no hace santos". Es Dios quien otorga la gracia para que alguien alcance el nivel de perfección cristiana que, en la opinión de los creyentes, constituye la santidad. Sólo Dios sabe cuántos santos existen y han existido. La labor de la Iglesia es reivindicar la capacidad de discernir cuales personas son las elegidas para declararlas santas. El propósito es presentar a los creyentes para que los imiten en sus virtudes.

* Ponencia realizada por el autor en las jornadas *La Santidad Canonizable en la Iglesia Argentina*, del 27 y 28/09/2016, organizado por la Facultad a pedido de la Delegación Episcopal para las Causas de los Santos.

El proceso de santificación es intrínsecamente eclesial. La causa comienza en el “pueblo”. En este sentido la canonización es un proceso en el que Dios mismo da a conocer a través de otros la identidad de los santos auténticos.

Los santos no tienen necesidad de ser venerados. Canonizar quiere decir declarar que una persona es digna del culto universal, por ello mismo se elige cuidadosamente a quien debe ser canonizado y a quien no. Si tenemos en cuenta a la finalidad que Jesucristo le dio a la Iglesia es necesario afirmar que ésta debe convertir en santos a todos sus miembros, si por santo consideramos hacer verdaderos imitadores de Cristo.

Sin embargo, desde el comienzo, algunas personas eran seleccionadas para recibir una especial devoción cuando daban testimonio de su fe al morir por ella. Desde final del siglo I el término “santo” quedó reservado exclusivamente a los mártires, es decir a los testigos. Así, la primera santidad canonizable fue la de los que padecieron el martirio y el primer nombre que surge fue el de san Esteban. Santidad y martirio fueron inseparables en la conciencia cristiana desde el comienzo.

Con el correr del tiempo muchos hombres dieron otro modelo de santidad que merecía imitarse. Los “anacoretas” y los monjes que procuraban vivir en la *fuga mundi* eran considerados a semejanza de los mártires. Se agregó luego la santidad del misionero y de los pastores que con celo pastoral extraordinario mostraron una gran solicitud por lo que les había sido confiado. Se trató de la santidad de los llamados “confesores”, catalogándolo por el sexo y el estado personal: obispo, sacerdote y monje. Para las mujeres estaban las vírgenes y las viudas. De entre todos los que vivían esa vida de imitación a Cristo, algunas formas de santidad fueron puestas al alcance de todos y, tras su conocimiento, se los ponía como ejemplo a imitar.

LA UNIVERSAL VOCACIÓN A LA SANTIDAD

Dice el Concilio Vaticano II que “Es completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conforme a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos”¹.

1. LG 40.

LA NATURALEZA DE LA SANTIDAD CRISTIANA

La santidad o perfección de la vida cristiana consiste en vivir los preceptos evangélicos y no en los comúnmente llamados consejos: esto hace que la santidad sea obligatoria para todos, ya que los preceptos obligan absolutamente a todos los bautizados².

La naturaleza de la perfección cristiana consiste especialmente en la que se refiere a la caridad, no de una forma íntegra y exclusiva, sino principalmente. En este sentido se puede decir que la medida de la caridad en el hombre es la medida de su perfección sobrenatural. A lo que san Pablo invita: “Sobre todo, revístanse del amor que es el vínculo de la perfección”³.

La caridad mira a Dios y nos une a El como fin, en cambio la fe y la esperanza le mira y nos unen a El como principio⁴.

La fe otorga un conocimiento de Dios, pero oscuro e imperfecto y la esperanza también es imperfecta porque aún no poseemos lo que quisiéramos tener, mientras que la caridad nos une con Dios ya desde ahora y de una manera perfectísima, dándonos la posesión real de El y produciendo una corriente de amistad entre El y nosotros⁵.

Por eso la caridad es inseparable de la Gracia, mientras que la fe y la esperanza pueden permanecer aún junto al pecado mortal.

La caridad supone y encierra todas las otras virtudes existentes y carecerían éstas de valor sin aquélla. De allí que la caridad sea la esencia misma de la perfección cristiana.

Santo Tomás se plantea la posibilidad de la perfección cristiana y lo resuelve afirmativamente por dos razones: en primer lugar porque la caridad puede crecer indefinidamente mientras el hombre se encuentre en estado de viador y, en segundo lugar, porque la perfección absoluta que es propia y exclusiva de Dios, le cabe al hombre en cuanto relativa⁶.

Hablamos de que la perfección cristiana y por ende la santidad consiste especialmente en la caridad. Esto no significa que las otras virtudes tengan carácter accidental en la cuestión. “Especialmente” no es sinónimo de “totalmente” y por eso todas las virtudes integran la perfección de la santidad. Pero la perfección

2. II-IIae q. 184 a.3.

3. Col. 3,14.

4. II-IIae q. 17 a.6.

5. I-IIae q.66 a.6.

6. II-II ae q. 184 a.2.

será tanto mayor cuanto más la claridad impere el acto de las demás virtudes infusas y no infusas, de una manera más universal, más actual y más intensa.

Santo Tomás de Aquino encuadra los diferentes momentos del crecimiento de la caridad, en tres etapas fundamentales.

En el primer grado, la preocupación fundamental del hombre debe ser el apartarse del pecado y resistir a sus concupiscencias, que se mueven en contra de la caridad. Y esto pertenece a los incipientes, en los que la caridad ha de ser alimentada y fomentada para que no se corrompa.

En el segundo grado, el hombre ha de preocuparse principalmente de adelantar en el bien. Y esto corresponde a los proficientes, que han de procurar que la caridad aumente y se fortalezca en su alma.

En el tercer grado, en fin, el hombre ha de procurar unirse íntimamente a Dios y gozar de El. Y esto pertenece a los perfectos que “desean morir para estar con Cristo”⁷.

Cuando vemos que ocurre en el movimiento corporal, en el que lo primero es abandonar el punto de partida, lo segundo acercarse al término y lo tercero descansar en él⁸.

*Vivo sin vivir en mi
y tan alta vida espero
que muero porque no muero*⁹.

Pero claro está que éstos son solamente esquemas de lo que sucede en la vida interior, porque allí los aspectos son infinitamente variados, ya que al decir de Santa Teresita de Lisieux “de Dios se recibe en la medida en que se confía en Él”.

De todos modos, la perfección en la caridad supone siempre:

- Un desarrollo eminente de la Gracia;
- La perfección de todas las virtudes infusas;
- Las purificaciones pasivas;
- Un desarrollo de la vida mística.

7. Fil 1,23.

8. II-IIae q. 24 a.9.

9. SANTA TERESA DE ÁVILA, *Poesías*.

CRITERIOS DE SANTIDAD PARA EL PROCESO DE CANONIZACIÓN

La santidad cristiana bien puede consistir -y de hecho consiste- en el ejercicio perfecto de los deberes simples y humildes de la vida de cada día, en aquello que Pío XI definía sabiamente como el “terrible cotidiano”. En esto pareciera no suceder nada grande ni importante sino solamente una indescriptible continuación de una vida de entrega incondicionada. A ello se debe que un gran número de santos, de verdaderos santos, hayan quedado sin existencia conocida y sus acciones virtuosas sin narrativa ejemplificadora.

Pero la Iglesia siente necesidad de realizar un estudio profundo sobre la vida y obra de aquellos que, según los designios de Dios, tienen un mensaje particular para aportar a los fieles del mundo de hoy. Para ello actúa del siguiente modo:

1. Recordando la atracción que Jesús tenía para los hombres de su tiempo, como su bondad, ternura, misericordia, compasión, humildad y amor para con los que se acercaban no tenían límites, comprueba que esto ocurre también ahora y ha ocurrido en todos los tiempos con los santos y a través de los santos. Esto se llama “reflejo de Cristo”. Encontrarse con uno de ellos es gustar –con ellos y a través de ellos- la bondad que solamente puede provenir del Buen Dios que la otorga a quienes Lo aman.

A veces, uno encuentra este reflejo al leer una vida de santos relatada convenientemente, como le sucedió a San Ignacio de Loyola durante su convalecencia, o a Edith Stein al terminar la Vida de Santa Teresa de Ávila.

El santo sirve de medio, pero es Dios quien obra, quien actúa a través de él:

*“Perdóname por ir así buscándote
tan torpemente, dentro de ti,
Perdóname el dolor, alguna vez.
Es que quiero sacar
de ti tu mejor tu.
Ese que no te viste y que yo veo,
nadador de tu fondo, preciosísimo”.*

2. Toma en cuenta que alrededor de las personas que han vivido imitando a Nuestro Señor, se desarrolla un movimiento de interés, se recurre privadamente, a veces, a su intercesión, y comienza la fama de santidad.

Ha ocurrido en otras ocasiones que hay quienes se percatan de la manera de vivir de otros, todavía en estado de viador, y los toman como modelo, pues

se dan cuenta de su santidad (Santa Teresa de Ávila, por ejemplo, llamaba a san Pedro de Alcántara mi santito pobre). Otras veces, apenas ocurrido el tránsito ya comienzan a venerar su memoria como los que visitaban la tumba de la Beata María Crescencia Pérez, a la que llamaban “la santita”.

3. Nota que son admirados y que por lo tanto inician un modelo para ser imitados.

Cabe recordar que un santo no es una persona históricamente lejana, sino una persona viva, presente, que es capaz de decirle algo al que lo contempla. Además, ese conocimiento sobrenatural es siempre algo personal, tanto por la singularidad del santo que vivió la gracia de un modo único e irrepetible, como por la del que tratará de imitarlo: éste se dará cuenta de un hecho de fe que es una persona, aunque haya muerto pero que vive en su memoria. Y lo hace con una intensidad mayor que la que poseía en su estado de viador.

4. La Iglesia, especialmente la Jerarquía, al asistir a todo esto que se origina en la acción de Dios y que actúa en el corazón de los fieles, no puede permanecer pasivamente expectante.

Está frente a una actividad Divina que se expresa en el *sensus fidelium* y, con la debida y acostumbrada prudencia, debe actuar y discernir.

5. Averigua, entonces, de una manera especialísima, la perfección de la caridad, como se ha señalado más arriba, pues “las grandes penitencias, milagros, los fenómenos místicos de la vida contemplativa, (éxtasis, estigmas, etc), sólo tiene valor en cuanto son signos, -no únicos ni exclusivos- de esa caridad heroica, que es simultáneamente amor a Dios y al prójimo”¹⁰.

Se tendrá en cuenta el ordinario obrar cotidiano con la influencia de la fe sobrenatural y de la visión cristiana del mundo en que vivía¹¹.

6. Si bien es necesario afirmar que la santidad consiste en la observancia de todas y cada una de las virtudes a través de la vida, adquiere especial importancia el modo como lo ha hecho al final de su existencia y con singular relevancia en el instante de la muerte.

Este momento es tan importante que en el caso de los mártires, constituye a menudo el objeto único del examen o, al menos, el primero y principal.

Claro que el término martirio debe tomarse en toda su extensión; así un cristiano puede dar su vida en testimonio de toda la Revelación o solamente de una parte de ella. Lo mismo puede suceder cuando, por motivo de su fe, se niega a trasgredir un mandamiento o una virtud. Pero como no es fácil descubrir todos los

10. J. BONET ALCÓN, *Causas de canonización*, Buenos Aires 1993, pág. 12.

11. Cf. Dec. *Perfectae caritatis*, 6; 12 y 15.

elementos de un martirio, es necesario aplicar en cada caso estudiando la llamada “teología del martirio” que posee más bien un criterio restrictivo.

7. En los casos donde no existe o no consta el martirio, hay que demostrar que el cristiano ha vivido no sólo el cumplimiento de los mandamientos y el mantenimiento del estado de Gracia, sino que en la tierra ha practicado virtudes en grado heroico.

Y este es un punto central que merece ser tratado de modo especialísimo.

LA HEROICIDAD DE LAS VIRTUDES

1. La expresión *virtus heroica* forma parte de la terminología teológica técnica desde que Roberto Grossatesta la usó en la traducción latina de la Ética a Nicómaco de Aristóteles, en 1243. La expresión designa valor o coraje excepcional. El término fue adoptado por santo Tomás de Aquino y otros escolásticos, especialmente en los tratados de ascética y mística.

El heroísmo cristiano se encuentra especialmente en el martirio que es el ejercicio más excelente de la caridad.

También es un comportamiento heroico el modo profundo e intenso de vivir la caridad que se acerca a la perfección del martirio, como puede suceder al sobrellevar un sufrimiento constante físico, anímico o presiones psicológicas, etc.

La heroicidad de las virtudes puede ser llamada *splendor sanctitatis*:

“En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo, (Cf. 2Cor 3,18), Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro”¹².

2. Los siguientes son algunos de los aspectos que ayudan a aclarar la noción de heroicidad de las virtudes:

- No se trata de actos excepcionalmente difíciles, espectaculares o sensacionales, aunque a veces lo sean. En la mayoría de los casos, se trata de una regla de vida ordinaria perfectamente cristiforme, en la que se acepta la voluntad de Dios y se la busca siempre.
- Nadie nace cristiano perfecto. Por eso, el que desea vivir en y con Cristo realiza esfuerzos continuos para evitar los errores y aún las pequeñas imperfecciones deliberadas y semi-deliberadas. Conoce la corrección y la serenidad paciente para convertirse cada vez que cae.

12. LG 50.

- La Providencia de Dios reserva a cada uno un papel en la historia; este rol está de acuerdo con el ser de cada uno y también con su momento histórico personal, es decir, con la etapa de la vida que cada momento le toca vivir: infancia, adolescencia, juventud, adultez, ancianidad.

En cada una de ella hay una madurez (concepto dinámico) y el santo busca ser perfecto de acuerdo a su etapa existencial.

Pero cada comportamiento no se mide por el ideal abstracto, sino por sus actuales condiciones según el crecimiento concreto de su propia vida.

- Las características personales, -que conforman una unidad típica e irrepetible (de acuerdo a su condición de persona)- los particulares sentimientos, la capacidad de amar y dejarse amar –y por lo tanto dejarse transformar- por Dios mismo, son de capital importancia. Podemos ejemplificarlos con los sentimientos expresados por san Agustín en las Confesiones, o con los de san Francisco de Sales, santa Teresa de Jesús, santa Juana de Valois, etc., etc.

También debe evaluarse el modo de obrar según el sexo, las características de la infancia (ya que la vida afectiva depende básicamente de los primera niñez), la cantidad de años vividos, la vocación seguida de acuerdo a la diversidad de dones distribuidos en la Iglesia de Dios, y por lo tanto el estado o los estados que ha ejercido, etc.

Nadie es tan él mismo como el santo, que se somete al plan de Dios, al que está dispuesto a entregarse con todo su ser, en cuerpo, espíritu y alma.

En esto reside la función especial que los santos canonizados deben cumplir para la Iglesia. Ellos son los iniciadores y los modelos creativos de la santidad que constituye la tarea adecuada a su época particular. Crean un nuevo estilo; aprueban que una cierta forma de vida y de actividad existe realmente como una posibilidad genuina; demuestran de manera experimental que se puede ser cristiano incluso de este modo; hacen que tal tipo de persona sea creíble como un tipo cristiano¹³.

- Un punto delicado es el uso de la libertad en el crecimiento de la virtud cristiana. La persona está aún contexto propio del estado viador, por lo tanto debe observar los mandamientos de Dios y evitar el pecado. Es necesario ver si se

13. K. RAHNER, *The practice of faith: A. Handbook of Contemporary spirituality*, New York 1983, pág. 157.

contenta con un “mínimo indispensable” o si se abre continuamente a las exigencias cada vez mayores del amor de Dios;

Si utiliza la ayuda de la Gracia ofrecida por Dios;

Si el pecado que pueda haber cometido, se ha convertido en el punto de partida de una total conversión;

Si ha utilizado la penitencia sacramental o extrasacramental; si las ocasiones de pecado le han servido para el aumento de la fortaleza.

- Las virtudes y los rasgos especiales de cada uno deben también decir algo al mundo de hoy, deben interesar por el mensaje enviado por Dios a través de ellos y juzgados de acuerdo con los signos de los tiempos. El mundo, afectado por profundos cambios, necesita la presencia perentoria de virtudes humanas y cristianas encarnadas: la humildad, para que el hombre no se engría ante los avances de la ciencia y de la técnica, de la físico-matemática, de la biología, la psicología profunda, la sociología, y ante el dominio de espacios nuevos en el ámbito material, del microcosmos y el macrocosmos; la esperanza, la confianza, la alegría y la paz, ante la desorientación de los cambios, la angustia existencial y las amenazas de dominación y destrucción. La caridad cristiana, frente a los egoísmos patentes ante las masas humanas indigentes...; la castidad, ante el desborde de la sensualidad, erotismo y hedonismo; a magnanimidad, frente al aburguesamiento y la mediocridad generalizados por el confort y la vida fácil de tantos ambientes¹⁴.

Ejemplos de esto son los comienzos de procesos de canonización de Mons. Oscar Arnulfo Romero (1917-1980), Arzobispo de San Salvador, hoy ya santo; del Card. Terence Cooke (1921-1983), Arzobispo de New York; de Cornelia Connelly, (1809-1879); de santa María Goretti (1890-1902), en los que se han tenido en cuenta la dimensión de las virtudes heroicas.

Lo dicho anteriormente no significa que se ponga bajo la lupa de la conveniencia el análisis de sus virtudes, sino que se estudia si esas virtudes vividas heroicamente han sido reflejo de Cristo pero también una santidad imitable para el mundo contemporáneo.

El heroísmo cristiano es no solamente un ideal, sino también una realidad y una prueba de que Dios continúa vivo en medio de su Pueblo y que manifiesta su presencia y su rostro en aquellos que viven las virtudes cristianas de un modo heroico.

14. J. BONET ALCÓN, *Causas...*, pág. 15.

La fase más decisiva y la más difícil del proceso de un no mártir es la prueba de la virtud heroica.

LOS MÍSTICOS Y SU PROCESO DE CANONIZACIÓN

Los místicos son aquellas personas excepcionales que alcanzan un grado de intimidad con Dios que los distingue como extraordinarios y gozosos amantes suyos. Jesucristo se dirigía al Padre llamándolo *Abba* y tenía la convicción de que El y el Padre eran uno. Los místicos proclaman de alguna manera aquella frase de San Pablo: No soy yo quien vivo sino que es Cristo quien vive en mí¹⁵.

Algunos hombres y mujeres místicos han experimentado aunque fuera solamente un instante, el éxtasis espiritual, un goce anticipado del amor divino que todo cristiano espera saborear en la vida venidera.

Siempre el estudio de los místicos deja el sabor de una realidad incompleta, casi la misma que experimenta el propio místico hasta que reunirse con la Fuente que lo inspira. Basta recordar la herida de amor que provoca Dios en san Juan de la Cruz (que le hace decir que “La pena de amor no se cura sino con la presencia y la figura”). Santa Teresa de Ávila proclamaba, de su parte: “Dichoso el corazón enamorado que sólo en Dios ha puesto el pensamiento”.

En la experiencia mística está presente el anhelo humano de conocer y amar a Dios, pero los místicos vivencian cierta emotividad afectiva que sobresalen en su actuar cotidiano. Un ejemplo de ello es santa Catalina de Siena que buscaba “desposar su alma en la fe”. Esas metáforas conyugales se repiten en todos los místicos aunque describiendo distintas circunstancias, algunas de ellas expresadas en la poesía.

Podría decirse que los místicos se distinguen de los otros hombres no por el heroísmo de su virtud únicamente (la han vivido realmente de un modo perfecto) sino más precisamente por la experiencia de transformación personal que obra en ellos la Gracia mediante el amor a Dios, especialmente por los Dones del Espíritu Santo.

La unión espiritual mística con Dios es interior, y esto es lo principal a tener en cuenta cuando se está frente a alguien que puede clasificarse como místico. Algunos de ellos han experimentado también efectos psicósomáticos concomitantes, que son los llamados “fenómenos místicos secundarios”. Para Antonio Royo Marín OP estos fenómenos pueden dividirse de la siguiente manera¹⁶:

15. Gal. 2,20.

16. Cf. A. ROYO MARÍN, *Teología de la Perfección Cristiana*, Madrid 1968, págs. 879ss.

1. Fenómenos de orden cognoscitivo:
 - Visiones
 - Locuciones
 - Revelaciones
 - Discernimiento de espíritus
 - Hierognosis
 - Otros fenómenos.
2. Fenómenos de orden afectivo:
 - Éxtasis
 - Incendios de amor
3. Fenómeno de orden corporal:
 - Estigmatización
 - Lágrimas y sudor de sangre
 - Inedia
 - Agilidad
 - Bilocación
 - Levitación
 - Sutileza
 - Perfume sobrenatural.

Muchos de los santos clásicos han sido místicos (san Pablo, san Agustín, san Francisco de Asís, etc.). Pero no todo santo es siempre místico ni tampoco todo místico es santo.

La experiencia mística en sí misma no puede considerarse como una prueba de santidad y tampoco puede tenerse en cuenta al juzgar una causa de canonización las informaciones sobre gracias místicas especiales. Se debe distinguir rigurosamente entre la vida interior de oración mística o gracia de contemplación infusa y sus efectos psicósomáticos secundarios. El misticismo en sentido estricto, es simplemente una conciencia interior honda e irrefragable de la presencia de Dios en el alma y, por lo tanto, es la conciencia que tiene una persona de que la fe, la esperanza y la caridad están presentes en ella.

Como la conciencia es intrínsecamente subjetiva resulta prácticamente imposible pronunciarse acerca de las gracias místicas interiores que posee una persona, como podría hacerlo un psicoterapeuta con un cliente. A lo sumo se puede hacer referencia a los efectos que produjeron éstas en su vida, el impacto

espiritual que esta persona causa en otros y el testimonio de los que percibieron algo de ella.

En resumen, cuando se está al frente de un caso místico, se deberá demostrar que en esta persona se refleja la misma conducta de virtud heroica que se le exige a todos los otros que no son mártires. Pero además se deberá demostrar:

- Que todo lo que se dice no son sólo piadosas opiniones de creyentes;
- Que lo extraordinario es de origen divino (no son de origen diabólico ni efecto de una personalidad desequilibrada);
- Que la reputación de santidad no se debe solo a lo extraordinario que manifiesta.

Por último, es necesario afirmar que el núcleo de la verdadera experiencia mística no es tanto la visión, sino una percepción de Dios. Al ojo contemplativo, todo se le aparece como resplandeciente; no ve los objetos, se siente inundado de luz. A la manera como José María Pemán dice: “no es la Luz de Dios la que ciega sino que son los propios ojos que no pueden ver”. San Juan de la Cruz, por ejemplo, dice: “No quieras enviarme de hoy más ya mensajero, que no saben decirme lo que quiero”.

Así, los visionarios no son necesariamente místicos sino que son personas que tienen preferencia por la sugestión. Las gracias místicas más elevadas son percepciones intelectuales, en las que no hay imágenes porque se dan en el intelecto mismo cuando el espíritu está purificado¹⁷. A veces son tan elevadas que la fantasía no puede seguirlas, porque cuanto más participa la fantasía tanto menos profunda es la experiencia.

Nunca la Iglesia se pronuncia sobre la autenticidad de la experiencia mística; sólo se pide en un proceso que se determine si las experiencias tienen aspecto de autenticidad y que se investigue sobre la salud psíquica del individuo.

CONCLUSIÓN

La canonización no es un premio a un cristiano que vivió heroicamente sus virtudes, porque nada podrá ya aumentar la gloria de un beato o de un santo. Canonizar o beatificar es un acto social eclesial. El objetivo final no son los santos

17. San Juan de la Cruz en el Cántico Espiritual lo expresa diciendo: “...estando ya mi casa sosegada”.

sino los fieles, que son los destinatarios y beneficiarios de la misma. Por eso un santo es tanto más canonizable cuanto más atractivo y estimulante sea su mensaje al mundo moderno y mayor su fama de santidad, de modo que los fieles se sientan incitados a seguir sus ejemplos¹⁸.

Pero el hecho de que existan beatificaciones y canonizaciones en nuestros días contribuye a la visión de una Iglesia vital, que no sólo acumula recuerdos en su historia, sino que busca siempre nuevos modelos para inspirarse y que los pone en la práctica en medio de las dificultades omnipresentes en el mundo.

18. Cf. R. RODRIGO, *Manual para instruir los procesos de canonización*, Salamanca 1988, pág. 15.